

NIETZSCHE CONTRA WAGNER

DOCUMENTOS DE UN PSICÓLOGO PREFACIO.

Los capítulos siguientes fueron seleccionados, no sin precaución de entre mis escritos anteriores -algunos que se remontaban a 1877-, acaso aquí y allá aclarados y, sobre todo abreviados. Leídos seguidamente, no dejarán duda ni sobre Richard Wagner ni sobre mí; somos antípodas los dos. Se comprenderá también alguna otra cosa, por ejemplo: que esto es un ensayo para psicólogos, pero no para alemanes... Yo tengo lectores en todas partes: en Viena, en Petersburgo, en Copenhague y en Estocolmo, en París y en Nueva York; no los tengo en el país más romo de Europa: en Alemania... Y tendría también acaso una palabra que decir al oído a los señores italianos a quienes amo tanto, cuanto Quousque tandem, Crispi... Triple alianza: con el "Reich", un pueblo inteligente, no hace nunca otra cosa que una mésalliance ...

Friedrich Nietzsche
Turin, Natale, 1888

UNA MÚSICA SIN PORVENIR. Entre todas las artes que pueden crecer en el terreno de una determinada cultura, la música hace su aparición la última, quizá porque es la más íntima y, por consiguiente, la que últimamente se logra, en el otoño y en el florecimiento de la cultura de que siempre forma parte. El alma de la Edad Media no encontró su expresión sino en el arte de los maestros holandeses; su arquitectura de los sonidos es la hermana mayor, pero legítima y del mismo grado que la gótica. Precisamente en la música de Haendel resonó lo mejor del alma de Lutero y de sus afines; el rasgo hebraico-heroico que dio a la Reforma líneas de grandeza, el Antiguo Testamento hecho música, no el Nuevo. Sólo Mozart acuñó la época de Luis XVI y el arte de Racine y de Claudio Lorrain en oro sonante; sólo en la música de Beethoven y de Rossini cantó el siglo XVIII, el siglo de la exaltación, de los ideales quebrados y de la felicidad fugitiva. Toda música verdadera y original es un canto de cisne.

Acaso también nuestra recientísima música, aun cuando domine y tenga sed de dominación, tiene solamente ante sí un breve espacio de tiempo, porque nace de una cultura cuyo terreno va rápidamente en declive, de una cultura que dentro de poco será sepultada. Cierta catolicismo del sentimiento y un gusto por ciertas creaciones o determinados nacionalismos, son las premisas de aquella música. Los empréstitos hechos por Wagner de ciertas antiguas leyendas y canciones en las que el prejuicio de los doctos había enseñado a ver algo de germánico por excelencia -hoy nos reímos de esto-; la nueva vida dada a estos monstruos escandinavos, con un sed de rápida sensualidad y de espiritualización; todo ese dar y tomar que Wagner hace con la materia, con las figuras con las pasiones y con los nervios, expresa claramente el espíritu de su música, suponiendo que ésta, como toda música, no sepa hablar de sí de un modo no equívoco, porque la música es femenina... No

nos debemos dejar engañar sobre este estado de cosas por el hecho de que vivimos precisamente en la reacción dentro de la reacción. La época de las guerras nacionales, del martirio ultramontano, todo ese carácter de intervalo entre dos actos propios de la situación moderna de Europa, puede, en realidad, crear un gloria improvisada a un arte como el de Wagner, sin con ello garantizarle un porvenir. Los alemanes mismos no tienen porvenir... NOSOTROS LOS ANTÍPODAS. Alguien quizá recuerde, por lo menos entre mis amigos que yo me lancé al mundo moderno con ciertos errores y supervaluaciones, y en todo caso con muchas esperanzas. Yo entendía -¿quién sabe en qué esperanzas me fundaba?- el pesimismo filosófico del siglo XIX como síntoma de una más alta fuerza de pensamiento, de una victoriosa plenitud de vida, cual se había manifestado en la filosofía de Hume, Kant y Hegel; yo consideraba el conocimiento trágico como el más bello lujo de nuestra cultura, como su más precioso, más noble, más peligroso modo de disipar; pero en todo caso como un lujo que le era lícito en consideración a su gran riqueza. Así también interpretaba yo la música de Wagner como expresión de un poder dionisiaco del alma; en ella creí oír el terremoto con que una fuerza primordial de la vida, comprimida desde la antigüedad, se manifestaba al fin; indiferente al hecho de que todo cuanto hoy se llama cultura fuera arrollado por ella. Ahora se ve qué mal conocía yo este hecho, y qué es lo que yo “daba” a Wagner y a Schopenhauer; yo mismo me daba a ellos... Todo arte, toda filosofía, pueden ser considerados como remedio y socorro a la vida que asciende o desciende; siempre presuponen sufrimientos y seres que sufren. Pero hay dos clases de gentes que sufren: los que sufren por superabundancia de vida, los que quieren un arte dionisiaco y una visión y una perspectiva trágica de la vida, y los que sufren por empobrecimiento de la vida, y desean del arte y de la filosofía calma, silencio, mares tranquilos “o bien” embriaguez, convulsión, embrutecimiento. Vengarse de la vida misma es la mayor especie de voluptuosidad embriagadora para semejantes empobrecidos. A la doble necesidad de estos últimos pertenecen tanto Wagner como Schopenhauer: niegan la vida, la calumnian, y por este hecho son mis antípodas.

El más rico en exuberancia de vida, el dios y el hombre dionisiaco, encuentra su gusto no solamente en el espectáculo de lo terrible y de lo dudoso, sino también en la misma acción espantosa y en todo lujo de destrucción, disgregación, diseminación, aniquilación; en él el mal, lo absurdo y lo feo parecen, por decirlo así, lícitos; como parecen lícitos en la Naturaleza, a consecuencia de una superabundancia de fuerzas generadoras y reconstructivas, que sabe hacer de un desierto un país pingüe y fértil. Por el contrario, el que sufre, el hombre de vida debilitada, tendrá esencialmente necesidad de dulzura, de paz, de bondad, de lo que hoy se llama humanidad, tanto en el pensar como en el obrar, y posiblemente de un dios que sea propiamente un dios para enfermos, un salvador; tendrá también necesidad de lógica, de una comprensión de la existencia accesible hasta a los idiotas; los “librepensadores” típicos, como “los idealistas” y las “bellas almas”, son todos decadentes; en suma, de cierta cálida intimidad, que elimine el terror, de un encerrarse en horizontes optimistas que permita volverse estúpido...

De este modo aprendí yo poco a poco a comprender a Epicuro, lo contrario de un griego dionisiaco, y también el cristiano, que, en realidad, es solamente una especie de epicúreo y que con su afirmación “la fe hace feliz”, sigue el principio del hedonismo llevándole todo lo lejos posible, más allá de toda probidad intelectual... Si yo tengo alguna ventaja sobre todos los psicólogos, esta ventaja consiste en que mi mirada es más aguda para la difícilísima e insidiosa manera de razonar, en la que se comete el mayor número de errores; esto es para la conclusión de la obra del autor, de la acción al agente, del ideal a aquel a

quien el ideal le es necesario, de todos modos de pensar y de valorar a la necesidad que tiene detrás de sí.

Respecto de los artistas de todo género, yo me sirvo luego de una distinción capital; aquí ¿se siente creador el odio contra la vida o la superabundancia de vida? Por ejemplo, en Goethe, la superabundancia se hizo creadora; en Flaubert, el odio; Flaubert es una nueva edición de Pascal, pero como artista, teniendo por base este juicio instintivo: “Flaubert est toujours haisable, l’homme n’est rien, l’ouvre est tout”... Se atormentaba cuando escribía, lo mismo que Pascal se atormentaba cuando pensaba; ambos sentía de modo no egoístico... “Desinterés”; el principio de la decadencia, la voluntad del fin tanto en arte como en moral. **CÓMO ME SEPARÉ YO DE WAGNER.**

1. Ya en el estío de 1876, precisamente en la época de la primera solemnidad de Bayreuth, me despedí interiormente de Wagner. Yo no puedo soportar nada equivoco: desde que Wagner se encontró en Alemania condescendió poco a poco con todo lo que yo desprecio, incluso con el antisemitismo... Fué entonces, efectivamente, el momento de despedirme: bien pronto tuve la prueba. Richard Wagner, aparentemente el más victorioso, pero, en realidad un decadente desesperado, se prosternó bruscamente, desvalido y quebrantado, ante la cruz cristiana... ¿No tuvo entonces ningún alemán para este horrible espectáculo ojos en la cara y compasión en la conciencia? ¿Fui yo el único que sufrió por esta razón? En suma: el acontecimiento inesperado arrojó sobre mí, como un relámpago de claridad sobre el lugar que yo había abandonado, y también aquel estremecimiento póstumo que experimenta todo hombre que ha corrido, sin saberlo, un enorme peligro. Cuando yo continué mi camino, temblaba; algún tiempo después caí enfermo, más que enfermo, “cansado”, cansado de la intolerable desilusión de todo lo que a nosotros, hombres modernos, podía aún entusiasmar: de la fuerza, del trabajo, de la esperanza, de la juventud, del amor prodigado por todas partes; cansado de la náusea, de toda la mentira idealista y del reblandecimiento de conciencia que de nuevo habían conseguido la victoria sobre uno de los más valientes; cansado, por último, y no fué éste el menor cansancio, de la tristeza de una implacable sospecha: la de estar ya condenado a desconfiar profundamente, a estar más profundamente “solo” que antes. Porque yo no tuve conmigo a nadie más que a Richard Wagner... Yo fui siempre condenado a tener a mi lado alemanes...

EPÍLOGO

1. Yo me he preguntado muchas veces si no estoy más obligado con los años más difíciles de mi vida que con los otros. Mi más íntima naturaleza me enseña que todo lo que es necesario, mirado desde lo alto y en el sentido de una gran economía, es también lo que es más útil en sí, y que es preciso no sólo soportarlo, sino amarlo... “Amor fati”: tal es mi más íntima naturaleza. y por lo que se refiere a mi larga enfermedad, ¿no le debo acaso infinitamente más que a mi salud? Le debo una alta salud, una salud que es más fuerte para todo aquello que no la daña. Yo le debo también mi filosofía... Sólo el gran dolor es el último liberador del espíritu, en tanto es el maestro de la gran sospecha, que convierte cada U en una X, una genuina y justa X, es decir, la penúltima letra en la última... Sólo el gran dolor, aquel largo y lento dolor que se toma tiempo, en el que nos quemamos por así decirlo, como una madera verde, nos obliga a los filósofos a ascender hasta nuestra última profundidad y a apartar de nosotros toda confianza, toda benignidad, encubrimiento, clemencia, medianía, entre las que previamente habíamos asentado tal vez nuestra humanidad. Dudo si un dolor de este tipo “mejora”; pero sé que nos profundiza. Ya sea que aprendamos a contraponerle nuestro orgullo, nuestra burla, nuestra fuerza de voluntad, y que hagamos como aquel indio que, por grave que fuese la tortura, se resarcía ante su

torturador mediante la maldad de su lengua, ya sea que ante el dolor nos retraigamos en aquella nada oriental - se la llama nirvana -, en el mudo ciego, sordo resignarse, olvidarse, extinguirse a sí mismo: de tales largos y peligrosos ejercicios de dominio sobre sí mismo se sale convertido en oro hombre, con algunos signos de interrogación más y sobre todo, de ahora en adelante, con la voluntad de preguntar más, más profunda, rigurosa, dura, malvada, tranquilamente que lo que hasta entonces se había preguntado. Se acabó la confianza en la vida: la vida misma se convirtió en problema.

¡Pero no se crea que con esto uno se ha convertido necesariamente en un melancólico! Incluso todavía es posible el amor a la vida -sólo que se ama de otra manera. Es el amor a una mujer que nos hace dudar...

2. Más extraña es esta circunstancia, a saber: que pronto se tiene otro gusto, un segundo gusto. de tales abismos, de esa grave y larga enfermedad, también de la larga enfermedad que es la grave sospecha se regresa como recién nacido, desollado, más susceptible, más maligno, con su gusto más delicado para la alegría, con una lengua más tierna para todas las cosas buenas, con sentidos más alborozados, con una segunda inocencia más peligrosa en la alegría, más infantiles a la vez, y cien veces más refinados que todo lo que jamás se fue antes.

¡Oh, cuan repugnante le es ahora a uno el goce, el burdo, sordo, oscuro goce, tal como lo entienden los que gozan, nuestros “hombres cultos” y el de la gran ciudad mediante el arte, el libro y la música, en pos de “goces espirituales” y con la ayuda de bebidas espirituosas” ¡Cuánto nos duele ahora en los oídos el grito teatral de la pasión! ¡Cuan ajeno a nuestro gusto se ha vuelto todo el romántico estremecimiento y confusión de los sentidos que ama la plebe educada, junto a las aspiraciones por lo grandioso, elevado, retorcido! ¡No, si nosotros los convalecientes requerimos todavía de un arte, ése es otro arte - un arte burlón, ligero, fugaz, divinamente despreocupado, divinamente artístico, que arde como llama resplandeciente en un cielo sin nubes! Por sobre todo: ¡un arte para artistas, sólo para artistas! A la postre, conocemos mejor aquello para lo cual se requiere, en primer término, que haga falta: ¡la alegría, toda alegría, amigos míos! También en cuanto artista-: quisiera demostrarlo. Los que sabemos, sabemos ahora demasiado bien algunas cosas: ¡oh, cuán bien aprendemos ahora a olvidar, a no saber bien, como artistas!

Y en lo que concierne a nuestro futuro: difícilmente nos encontrarán de nuevo en la senda de aquellos jóvenes egipcios que en las noches vuelven inseguros los templos, abrazan las columnas y todo aquello que, con buenas razones, es mantenido oculto, y que ellos querían develar, descubrir y poner a plena luz. No, este mal gusto, esta voluntad de verdad, de “verdad a todo precio”, esta locura juvenil en el amor por la verdad - nos disgusta: somos demasiado experimentados para ello, demasiado serios, demasiado alegres, demasiado escarmentados, demasiado profundos... Ya no creemos que la verdad siga siendo verdad cuando se le descorren los velos; hemos vivido suficiente como para creer en esto. Hoy consideramos como un asunto de decencia el no querer verlo todo desnudo, no querer estar presente en todas partes, no querer entenderlo ni “saberlo” todo. “¿Es verdad que el amado Dios está presente en todas partes?”, preguntó una niña pequeña a su madre: “pero eso lo encuentro indecente” - ¡una señal para los filósofos! Se debería respetar más el pudor con que la naturaleza se ha ocultado detrás de enigmas e inseguridades multicolores. ¿Es tal vez su nombre, para hablar griegamente, Baubo?... ¡Oh, estos griegos! Ellos sabían cómo vivir: para eso hace falta quedarse valientemente de pie ante la superficie, el pliegue, la piel, venerar la apariencia. Los griegos eran superficiales - ¡por ser profundos! ¿Y no retrocedemos precisamente por eso, nosotros los temerarios del espíritu que hemos escalado

las más altas y peligrosas cumbres del pensamiento actual y que desde allí hemos mirado en torno nuestro, que desde allí hemos mirado hacia abajo? ¿No somos precisamente por eso - griegos? ¿Adoradores de las formas, de los sonidos, de las palabras? ¿Precisamente por eso - artistas?

Friedrich Nietzsche